

## CARTA Nº 1 SOBRE LA LITURGIA

Auteuil, 10 de marzo de 1991.

Queridas hermanas :

Estamos en plena Cuaresma. Nos preparamos para la gran fiesta de Pascua. Nuestros cantos, oficios, lecturas, el silencio y la meditación nos ponen en movimiento en la Subida, con Jesús, a Jerusalén. Nuestros espíritus y corazones se preparan. Repetimos las antiguas oraciones, consagradas por la Tradición; inventamos otras nuevas a partir de lo que vivimos. y de los clamores y gemidos del mundo. Estamos en un clima de penitencia y de purificación. Para nosotras, toda esta preparación, todos nuestros esfuerzos y deseos convergen, se resumen y se expresan en la Liturgia. Cuaresma, Pascua, no son momentos aislados, celebraciones determinadas. Son momentos del Año -Litúrgico. A lo largo del año nuestra vida está centrada en la Liturgia. Del mismo modo que decimos que nuestras comunidades son apostólicas y contemplativas podemos decir también que son litúrgicas. De hecho, la liturgia une a la comunidad; irriga y colorea la contemplación y el apostolado.

La Gran Oración de la Iglesia es pues un elemento esencial, integrante y estructurador de nuestra vida y de nuestra vocación en la Asunción. Sin el ritmo y la estructura litúrgica de las jornadas, de las semanas y de las estaciones, nuestro estilo de vida sería diferente, y no seríamos ya religiosas de la Asunción. La Liturgia es para nosotras tanto una fuente como una expresión de esta Adoración en la que, como dice M. María Eugenia, nuestras vidas se dictan y encuentran su plenitud.

Me gustaría tratar con vosotras de la liturgia, de su sentido profundo y de la función de la liturgia en nuestra vida; y os propongo profundizar - durante el tiempo pascual o en los próximos meses - este tema en vuestra comunidad.

### **PUERTA DEL CIELO**

La Liturgia es central en nuestra vida cristiana y eclesial porque nos da acceso al misterio de Cristo. Misterio durante mucho tiempo escondido, revelado por Dios en la Encarnación, este misterio es Cristo en nosotros y nosotros en El. Es el misterio de nuestra salvación y del Reino : Cristo en quien todas las cosas del cielo y de la tierra se reconcilian. Por El y en El, estamos en comunión con Dios. El sentido pleno - el más profundo y el más íntimo de nuestra existencia - está en este misterio. Revelado, inteligible, permanece, sin embargo, ampliamente escondido porque está infinitamente más allá de lo que podemos captar o expresar. Nos colima y nos lleva siempre hacia adelante ; es la verdadera medida de nuestro destino.

La Liturgia es una puerta que abre a este misterio. Une para nosotros el Cielo y la Tierra, Dios y el Universo creado. En la Encarnación, Dios se hace semejante a nosotros tomando nuestra naturaleza humana y espiritual. Esta condescendencia por su parte continúa a través de la liturgia porque Dios sigue haciéndose accesible a través de los gestos y palabras, imágenes y símbolos humanos. El sueño de Jacob, en el que veía que una escala unía el Cielo y la Tierra, se realiza.

Sobre la faz de la tierra hoy hay muchas esperanzas. Muchos sufrimientos y muchas penas. ¡ Cuanta felicidad y belleza desconectadas en la conciencia humana de su origen y de su fin ! ¿ Podemos creer que cuando nos reunimos para la liturgia no solamente comulgamos con Dios sino que a través de nuestra celebración abrimos un espacio de comunicación y de comunión entre el Cielo y la Tierra ?

Entrar en el misterio de Cristo implica un **encuentro** con El, y participar en la liturgia es en primer lugar hacerse presente a su Presencia. No tenemos que envidiar a los que veían y tocaban, escuchaban y seguían a Jesús en la tierra. Sus contemporáneos no participaban en su misterio más que nosotros hoy. Pero siempre tenemos que **hacernos** presentes para reconocerlo - "Es el Señor" (Jn.21,7) - y anunciarlo a la comunidad como hizo el discípulo amado. Sin esta conciencia viva de su presencia en los símbolos sagrados nos quedaremos en el umbral del misterio ; no habremos penetrado en la realidad interior, como la samaritana que no sabe quién le habla junto al pozo de Jacob. No llegaremos a ser los adoradores en espíritu y en verdad que Jesús vino a formar para su Padre.

En la liturgia, Cristo está **presente** de varias maneras. En un grado eminente lo está en la Eucaristía donde celebramos la Pasión-Resurrección y glorificación del Hijo y nos lleva con El en su paso al Padre. Puesto que Jesús es el Sacramento fundamental, todos los sacramentos de la Iglesia son medios privilegiados de encuentro con Dios en Cristo. El es el verdadero dispensador, como es también la sustancia.

Presente en su Palabra, Cristo nos habla a través de la Santa Escritura y su Palabra se convierte en acontecimiento en la comunidad. Dice y hace. Y cuando la Iglesia ora y canta el Oficio divino, que prolonga y prepara la Eucaristía, El está ahí. El es quien ora en nosotros. A El se dirige también nuestra oración.

Cada vez que la Iglesia se reúne en su Nombre, Jesús ha prometido su presencia. Presencia invisible, misteriosa pero real, como real es el inmenso amor que nos envuelve y esta abierto para nosotros en cada instante en Jesús. Los pasos que nos llevan a la Liturgia, nos llevan a su encuentro.

La Liturgia es un lugar por excelencia de **integración** : el mundo, la humanidad y su caminar, el cosmos entero están asumidos en ella al hilo de la historia. Es un lugar teológico en el que todas las cosas se sitúan y encuentran su lugar con relación a Dios y su fin último. El lugar donde todas

las lágrimas y sudores, todos los combates del Reino y todas las victorias de los hombres son referidas al Reino de Dios. En ella encontramos el sentido de todos los componentes de la vida, de todas las experiencias personales y colectivas. La Liturgia es donde ordenamos y orientamos los múltiples y multiformes aspectos de nuestra vida. Hace que nuestra vida sea una obra de verdad y de belleza que a la vez glorifica a Dios y nos proporciona una inmensa satisfacción como criaturas y creadores.

Podemos decir que la Liturgia es un proceso de integración ontológica donde todas las cosas son efectivamente recapituladas en Cristo y donde toda situación se convierte en paso para el Reino. Por "ontológica" quiero decir que la integración se realiza realmente. No es una obra artística o teórica, no es la expresión de una simple intención religiosa ; su fruto no es una comprensión intelectual, o una consolación religiosa, es integración de todo en Cristo.

En este sentido, la oración de la Iglesia realiza el acontecimiento del Cristo cósmico, total, a través de la historia y del tiempo ; realiza la Pascua de toda la Creación. Por la oración del Cuerpo de Cristo, el Espíritu anima y transforma todo lo humano - personas, comunidades, la historia y el universo - devolviendo todo al Padre. Todo toma configuración pascual. Y nosotros, no sólo somos salvados y santificados por su gracia ; se nos hace también actores con Cristo en esta obra de Dios, obra de Salvación y de santificación del hombre.

Del mismo modo, la liturgia es lugar de integración personal ; involuera la totalidad de nuestro ser espiritual y corporal : nuestra inteligencia y nuestra libertad, nuestro amor tanto como nuestro cuerpo, nuestras emociones, nuestra imaginación. La Liturgia tiene el poder de educar, de madurar, de purificar y de transformar todo lo que somos ; integra todas nuestras potencias en el acto de adoración.

Esta unificación, que es una "cristificación", no se opera sin nosotros. Hay que quererla y consentir a ella. Es un constante desafío para nosotros crear liturgias que abracen y asuman lo vivido, que inviten al compromiso de la comunidad y a la participación plena de nosotras mismas. Esto pide un esfuerzo, pero allí donde la comunidad se entregó plena y cordialmente en la liturgia, ésta se convierte en una verdadera celebración y la comunidad descubre que la liturgia la conduce efectivamente.

#### MISTERIO DE FE

He querido explicar algunos aspectos más interiores y más escondidos de la liturgia porque tengo la impresión de que nuestras culturas contemporáneas, al dejar poco lugar a la dimensión espiritual no se lo dan tampoco a la simbólica religiosa.

Muchas de nosotras somos herederas del racionalismo que ha privilegiado los modos de expresión puramente verbal y conceptual. El símbolo, en nuestro universo mental, se relega, por regla general, al terreno de la poesía y del arte. En nuestro espíritu, el símbolo está de alguna manera separado de lo real, a veces incluso opuesto, perteneciendo solamente al terreno de los sentimientos y de las emociones. Para algunos, pertenece al terreno de lo sensible que hay que evitar o que sólo es "accidental". La función simbólica, sin embargo, es lo que permite al ser humano penetrar más allá de la apariencia material de las cosas y de las experiencias, para descubrir el sentido que tienen o darle uno. Y la simbólica religiosa sobrepasa la realidad del signo para indicar otra realidad, mayor aún, trascendente, inexpresable e indecible sin su apoyo.

Somos más esquizofrénicas de lo que queremos admitir. Viviendo religiosamente y de manera profana en un mundo al que le cuesta encontrar una coherencia entre lo sagrado y lo profano, entre religión y cultura, no llegamos a explicarnos exactamente cómo es posible pertenecer a una cultura científico-técnica, donde lo real es sólo lo material y lo medible, y al mismo tiempo pertenecer al Reino de Dios. La fe está cortada de la inteligencia. Es una cuestión de inteligencia de la fe y es así una cuestión esencial para nosotras. Del mismo modo, nos resulta difícil, a pesar de nuestra fe, captar espontáneamente el sentido de los sacramentos y sentirnos a gusto con el sistema sacramental de la Iglesia. Ahora bien, todo está ahí. Signos visibles que nos dan acceso a lo invisible, Dios que se da a través de los signos.

Otras de entre nosotras sin embargo no se consideran de cultura científico-técnica y entran espontáneamente en la expresión simbólica. Pero incluso si en lo cotidiano, el horizonte mental se extiende a lo divino e incluso si se puede entrar fácilmente en el mundo de los símbolos, pienso que aún queda lugar para preguntarse sobre la manera de vivir la liturgia. Allí donde los ritos tratan de hacer a Dios aún más cercano, más accesible, se corre el riesgo de alimentarse de sentimientos religiosos y apegarse más a la experiencia que al Dios de la experiencia. En algunos países donde nos encontramos comprometidas con un pueblo sencillo y pobre que busca en las celebraciones litúrgicas consuelo y valor para llevar sus sufrimientos, tendremos la tentación de dejarnos llevar por la fe colectiva sin asumir las exigencias de una respuesta más personal. Y de rechazo, rehusamos nuestra misión in medio de este pueblo.

Hay otra dificultad que no tiene nada que ver con la cultura sino que viene de nuestra naturaleza humana; el lenguaje simbólico es frágil, y sin un esfuerzo continuo para inventar relaciones entre el signo y lo significado, lo visible y lo invisible, la fe cae en la repetición y la rutina. En el lenguaje corriente, hablamos de "practicantes" como de aquellos y aquellas que "tienen fe" y que van a Misa, reciben los sacramentos. Ahora bien, nos encontramos cada vez más a menudo ante numerosos no-practicantes que son verdaderos creyentes, y a veces nos interrogamos sobre la fe de dichos practicantes: Nosotras también podemos ser practican-

tes que asistimos fielmente a la Eucaristía diaria y recitamos el contenido de nuestros breviarios, sin participar en ello plenamente por falta de una fe viva y educada. Por falta de una interioridad que es la costumbre de vivir desde dentro de nosotras mismas, a partir de nuestro centro.

#### LA LITURGIA EN LA ASUNCION

El misterio del Verbo Encarnado es el sentido y la razón de ser de nuestra Congregación. Ahora bien, este misterio es el que se revela y se celebra, se actualiza y se comunica en la Liturgia. A través de la Liturgia, pues, toda nuestra vida se concentra y se centra en torno a este misterio y se ofrece en homenaje. Toda nuestra vida se convierte en adoración a Dios que se nos entrega en su Verbo y en su Espíritu en la Liturgia misma.

Toda la oración de la Iglesia va hacia la Eucaristía y dimana de ella. El ritmo de esta oración sigue el ritmo natural de nuestras jornadas: levantarse, trabajo, "vuelta" al hogar y descanso, recogimiento y sueño. A través de la Liturgia de las "Horas" principalmente (del **Oficio divino**) nuestro tiempo se convierte en tiempo de Dios y las horas del día, con toda la actividad humana, quedan unidas entre sí y son santificadas.

Desde nuestros orígenes, el Oficio divino ha sido fundamental y esencial en nuestro estilo de vida. Era un elemento de la forma de vida contemplativa de todas las grandes Ordenes y de la tradición en la que María Eugenia quería insertar la Asunción. Por una parte, la recitación coral del Oficio era la **Obra de Dios**, el Opus Dei, la alabanza a Dios en nombre de toda la Iglesia, y la intercesión de la Iglesia por toda la humanidad; por otra, alimentaba la oración personal y favorecía la oración. Como su amigo benedictino, Dom Guéranger, María Eugenia estaba convencida de que la liturgia era la mejor espiritualidad, a la vez profunda y amplia. La gran innovación de María Eugenia fué querer que esta vida contemplativa fuese el principio, no sólo de una vida activa, sino de todo un estilo de educación.

Sabéis nuestra historia y cómo María Eugenia ha tenido que insistir más de una vez en la importancia del Oficio para la Congregación. A las autoridades eclesásticas, que encontraban que el Oficio coral era un peso demasiado grande para educadoras, explicaba que el Oficio era no sólo un atractivo para todas las hermanas sino también, justamente, una necesidad para contemplativas dedicadas a la enseñanza. Y aquí, tocamos la originalidad del carisma de la Asunción. El Oficio juega un rol capital en la obra de la cristianización de la inteligencia - de "la fe activa, la fe que domina el juicio, los gustos y los afectos" -, idea que está en el corazón de nuestra espiritualidad como lo está también en el de nuestra misión apostólica. La riqueza doctrinal y espiritual, la belleza del Breviario romano son una escuela para educadoras; los salmos y las lecturas, las oraciones y los cánticos sobre los que volvemos día tras día, semana tras semana en una actitud de acogida y de deseo, impregnan el corazón y la intelligen-

cia, dejando su huella en la memoria y la imaginación. La Liturgia, como el estudio, es el alimento sólido de una espiritualidad y de un pensamiento doctrinales y eclesiales. La Liturgia y los estudios garantizan una enseñanza segura y serena.

A nivel personal, contemplativas que se entregan a la educación y a una intensa actividad "exterior", que están constantemente mezcladas a las realidades profanas, necesitan volver a sumergirse en las cosas de Dios. Toda la trama de nuestra vida queda envuelta en un diálogo de amor. Además, queriendo conducir todo hacia Cristo ("Instaurare omnia in Christo"), asumimos un va y viene continuo entre la realidad cotidiana, de asuntos y personas de nuestro mundo, y la Oración de la Iglesia. Somos, a la vez, participantes activas en la historia de nuestros pueblos y delegadas por la Iglesia para llevar con Cristo esta historia ante el Padre. Nuestra oración se une a lo que viven nuestros contemporáneos, lo refiere a Cristo y al Reino, lo ofrece en adoración al Padre en nombre de la Iglesia. "Dios todo en todos". La liturgia continúa la obra de la Encarnación - "misterio por el que el hombre es divinizado, y todas las cosas son reconciliadas en Cristo", como dice la Regla de Vida, misterio que es "la base de su espiritualidad personal y de su acción educativa."

Madre María Eugenia nos da aún otra razón para mantener el breviario romano, razón que es una consecuencia lógica de su manera de comprender la Iglesia. Por una especie de comprensión mística, más que por un concepto teológico, María Eugenia amaba a la Iglesia como una presencia de Cristo, el Cristo que continúa su vida en nuestro mundo y nos la da. Hoy decimos que la Iglesia es el sacramento de Cristo; este concepto entonces no se había formulado, pero María Eugenia lo hubiera considerado como la expresión exacta de su pensamiento. La comunión con la Iglesia era para ella comunión con Cristo. Participar en la vida de Cristo en este mundo implicaba vivir íntima e intensamente la vida de la Iglesia, tener solamente un corazón, un alma con ella. Si nuestra vida es Cristo, nuestra vida es también la Iglesia. La Liturgia, decía ella, es un medio poderoso para "identificarse" con la Iglesia, para hacer de la vida de la Iglesia la suya propia. Todo lo que constituía la vida de la Iglesia: sus miembros de ayer y de hoy, su historia, sus obras, era para ella objeto de su amor, de su interés, de su oración. M. María Eugenia encontraba la santidad en la larga y rica Tradición de la Iglesia, en los santos y sus obras, en los escritos, oraciones, en el arte y la música como también en el culto y en los sacramentos. Espontáneamente su oración hacía suyas las causas y los gritos de la oración de la Iglesia.

El vocabulario teológico del siglo XIX no le permitía tampoco hablar de la Iglesia como Pueblo de Dios, pero tenía el sentido de pertenencia a este Pueblo a través de la Iglesia. Se sentía en comunión con los miembros de la Iglesia de todos los tiempos y lugares. Para ella, formaban un pueblo único con una historia, una memoria, una identidad únicas. La memoria colectiva, el conocimiento del pasado, el sentido de pertenencia al pueblo, a la Iglesia, construyen nuestra persona y afianzan nuestra

identidad. La liturgia es la oración del Pueblo de Dios; nos aporta los tesoros de una gran herencia y nos inserta en una historia santa. "El Oficio nos hace hijas de la Iglesia", escribía María Eugenia a Monseñor Gros, y antes de renunciar a él las primeras hermanas hubieran preferido "ir un poco antes al cielo" o reducir la actividad apostólica.

Véis aquí qué lugar tiene la liturgia en la constelación de los elementos esenciales de la espiritualidad de la Asunción. Estructura el tiempo e irradia cada elemento, como la luz brilla en las facetas de un diamante. La Liturgia y la oración personal, la comunidad y el apostolado son elementos complementarios e inseparables de nuestra experiencia cristiana y religiosa. ¿Nos sorprende entonces que María Eugenia haya podido decir:

"El amor, el celo por el Oficio divino es aquello en lo que se reconoce a una religiosa de la Asunción." (25.6.1893).

#### CONCLUSION

Deseo intensamente vivir esta Pascua con todas vosotras - es decir, entrar con vosotras en la experiencia pascual de Cristo, en la que todas las situaciones - personales y colectivas - dramáticas o gozosas, abrumadoras o exaltantes que vivimos hoy son llevadas por el Espíritu en el paso (Pascua) de Cristo al Reino del Padre. Que todas estas situaciones sean "lugares teológicos" donde descubramos a Cristo vivo, muerto y resucitado. ¿No es esta la dinámica de nuestra oración en la gran oración de la Iglesia?

*Toda vuestra en Cristo,*

*S. Clara Teresa*

Superiora General.